

solamente han tenido un año de escolaridad, dos han tenido cuatro años, y el millonario ha tenido ocho años. A pesar de ello, en todas las familias algunos de los niños tuvieron o tendrán más escolaridad que sus padres. El menor mejoramiento en el nivel de educación de los niños por encima de la educación de los padres corresponde a la familia Gutiérrez.

UN DÍA EN UN PUEBLO MEXICANO

LA FAMILIA MARTÍNEZ

SILENCIOSO y sereno a la sombra de la madrugada, extendíase en la falda de la montaña el viejo pueblo Azteca. El viento era puro y fresco después de la copiosa lluvia nocturna. Desplegados desde lo alto de la cuesta hacia el claro del valle, ocho barrios, cada uno con su capilla y su Santo Patrón, formaban las pequeñas comunidades del gran pueblo. Un camino asfaltado que comunicaba a Azteca con la carretera principal lo atravesaba y terminaba bruscamente en la plaza, lugar del palacio Municipal, de la Iglesia, del molino de nixtamal, de algunas tiendas pequeñas y un simple jardín. Extendiéndose arriba y abajo de la escarpa, las viejas calles de terraplén laboriosamente arregladas con piedra volcánica azul-gris alineaban las casitas de adobe de un solo piso, con patios de plantas semitropicales y árboles colocados tras las pequeñas bardas de piedra.

En el barrio de San José, punto medio entre lo alto y lo bajo del pueblo, se alzaba la casa de Pedro Martínez, casi escondida por las ramas colgantes de los ciruelos nativos. La casa de teja roja, como todas las de San José, el más pobre de los ocho barrios, constaba de un cuarto sin ventanas, además de una endeble cocina de carrizos. Al sitio de la casa aún le llamaban con su nombre náhuatl prehispánico, *Tlatlapancan*, o "lugar donde todo se ha roto"; la leyenda local actual explica cómo el dios del pueblo, diciéndose hijo de la Virgen María, rompió sus juguetes de barro en este lugar. Cuarenta y tres años antes, Pedro pensó que el sitio de esta casa era propicio y lo compró por cincuenta pesos.

En el transcurso de los años Pedro trabajó con mucho empeño en la casita y en su arrinconada parcela, plantando guayabos, café, aguacates, ciruelos y otras plantas que contribuían a la alimentación familiar. Hacía cinco años que él y sus hijos construyeron la cocina y quitaron del cuarto ahumado de adobe las tres grandes piedras que servían de *tlecuil* * para colocarlas en la cocina, más ventilada y donde el humo escapaba por entre las paredes de carrizo. Con toda su sencillez, era la mejor casa en que Pedro y su esposa Esperanza habían vivido.

Aún estaba oscuro cuando Esperanza abrió los ojos esta mañana de julio. La casa estaba en silencio y ningún ruido venía de la calle. Se levantó de la dura cama en que dormía con Pedro, alisó su vestido y echó sobre su cabeza y hombros un rebozo azul para protegerse del frío. Cruzó descalza el piso de tierra y fue hacia la tinaja de agua para refrescarse la cara secándose luego con la punta del rebozo.

De rodillas ante el *tlecuil*, removió las cenizas del fuego de la noche pasada avivando las brasas con el soplador. No quería

* *Tlecuil*, piedras acomodadas para hacer fuego con leña y colocar encima el recipiente de los alimentos.

utilizar los cerillos, pues una caja de cinco centavos era un lujo que debía evitarse. El gran reloj de la plaza sonó cuatro campanadas. Era media hora más temprano de lo que había creído. Después de todo, su hija Macrina podía dormir un poco más. Era la época del año en que los hombres sembraban y cultivaban el maíz y las mujeres debían levantarse muy temprano para preparar el almuerzo. En los meses de invierno, durante la cosecha, cuando los hombres trabajaban en ocasiones toda la noche y las mujeres tenían que alimentarlos a cualquier hora, Esperanza y su hija dormitaban sentadas en pequeños bancos. Sólo durante septiembre y octubre, cuando recolectaban la cosecha de ciruelas, podían permanecer más tarde en la cama, hasta las seis.

Esperanza llenó el jarro con agua y puso la canela a hervir. Había que tortear más de cien tortillas: veinticinco para cada quien, para Pedro el esposo, y para Felipe, Martín y Ricardo, los hijos mayores que trabajaban en las milpas; y diez más para el perro de Pedro. De una viga descolgó la cubeta de los alimentos. Tenía masa que había sido molida la noche anterior. Antes de que hubiera molino, pocos años atrás, hubiera tenido que levantarse a las dos de la mañana durante la siembra, para preparar el nixtamal y molerlo. Ahora el molino hacía su trabajo; sólo tenía que remoler la masa para suavizarla y darle el sabor del metate. Los hombres del pueblo se habían opuesto a que instalaran el molino porque, decían ellos, el nixtamal molido en casa sabía mejor. Pero las mujeres ganaron y el molino era un éxito. Sí, era bueno tenerlo; pero con todo y eso era caro: los treinta y cuatro centavos que se pagaban al molinero podían emplearse para comprar la mitad del maíz que alimentaba a toda la familia en una comida. "Macrina debería desgranar maíz en casa", pensó Esperanza mientras se arrodillaba frente al metate.

A los primeros troteos Pedro se movió, pero el rítmico ruido acabó por arrullarlo y volvió a dormirse. Su cama estaba esquinada en la cocina. No lo protegía de los ruidos, pero permitía cierto aislamiento de los hijos ya crecidos, excepto en la temporada de ciruelas, cuando había que emplear los huacales para acarrearlas. Apenas hacía un año que toda la familia Martínez dormía en el cuarto, mas habiéndose dado cuenta que era penoso acostarse con su mujer en presencia de los hijos crecidos, Pedro cambió a la cocina la cama de metal sin colchón. Esa cama, adquirida casi como obsequio de parte de un soldado cuando estuvo enfermo en el Hospital Militar, resultaba más vistosa en la cocina.

Los deseos de aislamiento de Pedro se vieron parcialmente frustrados cuando Macrina manifestó que también ella deseaba dormir en la cocina, ya que "no era bueno para una muchacha dormir sola con sus hermanos grandes". Macrina y su sobrinito Germán, que dormía con ella desde pequeño, dormían ahora

en un rincón frío de la cocina; los cuatro hijos mayores, sin molestias, en el cuarto de adobe.

Cuando el reloj de la plaza dio las cinco, Esperanza despertó a su hija, que se levantó rápidamente ya vestida; llevaba fardo y vestido de algodón y un delantal. La chica tomó su lugar frente al metate.

Macrina no representaba los diecisiete años que tenía. Su pelo era oscuro partido en dos trenzas, la cara tranquila y seria, menos cuando conversaba con alguna amiga durante el día o con sus hermanos: entonces se iluminaba por una sonrisa frecuente que mostraba unos dientes pequeños, de niña. Recogiendo los pies descalzos bajo el cuerpo menudo y regordete, comenzó a moler el maíz.

Esperanza también era gruesa y bajita, pero rara vez sonreía y su cara tenía una expresión cansada y desanimada. Despertó en seguida a Martín: era su turno de ir por el agua. Martín se puso sus pantalones sucios de algodón y los huaraches, se lavó la cara con agua fría y sin decir palabra salió hacia la fuente con el balancín al hombro y los botes para el agua. En esta época los árboles frutales y el jardín se regaban con las diarias lluvias, y Martín sólo tenía que realizar ocho viajes de ida y vuelta, para llenar la tinaja de la familia. En las estaciones de sequía, los muchachos debían hacer veinte viajes.

Felipe, el hijo mayor, despertó antes que Martín hubiera terminado la tarea. Era el miembro más melindroso de la familia y tardó más tiempo en vestirse. Por la noche, bajo la cobija, casi se quitaba toda la ropa y la colgaba de un clavo. Se cepillaba los dientes (sin dentífrico), se lavaba la cara y manos con jabón diariamente, y usaba un trapo para secarse en lugar de las faldas de la camisa. Tenía un espejito de bolsillo que no permitía usar a nadie. Todo esto comenzó cuando Felipe encontró una novia viuda mucho mayor que él. Ahora, buscaba sus huaraches sentado en el marco de hierro del catre cubierto por "el oate", especie de estera hecha de carrizos. Tuerto del ojo izquierdo por haber caído de un ciruelo cuando era chiquillo, para mirar de ese lado volvía la cabeza exageradamente.

Por ser el mayor, Felipe trataba de dominar a sus hermanos, pero generalmente fallaba, en especial con Martín, más alto y fuerte que él y casi de la misma edad. Martín rehusó llanamente obedecerlo o mostrarle el respeto debido al hermano mayor. Felipe culpaba a su padre de esta falta de respeto por no haber permitido nunca que ejerciera su autoridad.

Pedro y su tercer hijo Ricardo empezaban a levantarse. Pedro era chaparro, de cuerpo rechoncho. Mientras vestía su camisa sucia y parchada cortada en casa, y el amplio calzón blanco, destacaba la comba de su vientre voluminoso. Metió los renegridos y callosos pies en los pesados huaraches, hechos de una

vieja llanta. Un bigote ralo y sin cortar cubría su labio superior y, casi siempre, llevaba la cara sin rasurar. Los sábados, cuando se bañaba y se ponía ropas limpias, o durante los días en que iba al pueblo o a la ciudad de México, usaba unos pantalones oscuros que le hacían verse más elegante. Generalmente traía un sombrero de palma inclinado sobre los ojos que le daba un aspecto bastante engallado para un hombre de cincuenta y nueve años.

Felipe, Martín y Ricardo eran muy parecidos a su padre y hasta hacía poco tiempo se habían vestido como él. Ahora usaban camisas manufacturadas que exigieron en casa, pero ninguno de ellos era dueño de pantalones oscuros. El hijo menor, así como el nieto, llevaban camisas y calzones blancos hechos en casa y siempre iban descalzos.

Esperanza comenzó a servir a los hombres el té de canela, las tortillas, el chile y la sal, mientras Macrina llenaba cuatro morrales de ixtle con la misma comida para el mediodía. Agregó un puñado de chiles a cada morral y llenó de té los cuatro guajes. Los hombres comieron rápidamente, sin conversar. Hablando en náhuatl, Esperanza dijo a Pedro que trajera algunas calabazas para la cena. Cuando Ricardo tosió sobre la comida, le previno que se arropara bien con el sarape al pasar por el arroyo, que es la "morada de los aires", espíritus del viento.

La familia Martínez tenía buenas razones para evitar a estos espíritus malignos; años antes Esperanza había caído enferma con una fiebre y parálisis parcial en las piernas después de haber lavado en el arroyo. "Los aires", como todo mundo sabía, podían ser como el viento, como espíritus, o como gente maligna que ocasiona llagas, granos, parálisis y otras enfermedades. Uno debía ser precavido para no ofenderlos cerca de hormigueros, lechos de ríos, barrancos, aguas estancadas y cimas de montañas. En ocasiones era preferible pedirles permiso en náhuatl antes de tomar agua de un arroyo, pero en todos los casos era más seguro no aventurarse cerca de ellos sin estar muy abrigado. Muchos hombres tomaban unos tragos de alcohol para protegerse de "los aires" antes de irse al campo, pero Pedro prefería tomar los suyos cuando volvía por la noche.

Hacia las cinco y media, los hombres estuvieron listos para marcharse. Echáronse al hombre cada uno un morral y un sarape. En náhuatl Pedro dijo a su perro: "Ahora vámonos" (*tiohue*). Empleaba la vieja lengua con su esposa y el perro, pero a los niños les hablaba en español, excepto cuando estaba enojado. Martín, en cambio, dijo en español: "Nos vamos, mamá".

En silencio, los hombres se fueron. Pedro caminó con el perro algunos pasos tras de los muchachos. Al ver pasar esta formación, los vecinos dirían que Pedro parecía un verdadero patrón caminando tras de sus peones. Aun así, había mañanas en

que hablaba con los muchachos en el curso de sus dos horas de camino hacia el campo aconsejándolos o diciendo el trabajo que debían hacer. Los muchachos, sin embargo, sólo hablaban para contestar alguna pregunta. Fuera del alcance del padre, bromeaban sobre sus novias o sus visitas a las cantinas de Cuauhnáhuac. Esta mañana, sin embargo, se movían silenciosos por el camino.

Aún era escasa la luz. A su alrededor, más allá de las lejanas orillas de los campos, las laderas cubiertas de pinos surgían de color verde azulado a través de la niebla matinal. Pedro y Ricardo se dirigían hacia el *tlacolol** que habían limpiado el año anterior. Era ésta la tierra comunal perteneciente a la municipalidad formada por siete pueblos que tenían derecho a trabajarla. Nuevos desmontes debían hacerse cada dos o tres años porque las fuertes lluvias arrastraban el humus. Para lograr nuevos campos de sembrado, Pedro y sus hijos quemaban los matorrales y la mala hierba, cortaban los arbustos y levantaban nuevas cercas de piedra. Los muchachos trabajaban bien, tenían los *tlacololes* más grandes de Azteca. Pero la cosecha sólo proporcionaba maíz y frijol suficientes para tres meses o cuatro. De este modo Pedro debía procurarse otros medios para ganarse la vida, como tejer cuerdas de ixtle del maguey, vender ciruelas y alquilar a sus hijos como peones. Algo que no haría para ganar dinero era quemar árboles para vender el carbón, como hacían muchos de sus vecinos. Él sabía que dicha práctica era la destrucción de los preciosos bosques de pinos y robles, lo cual a la larga arruinaría la tierra. Había sido uno de los líderes en la lucha por la preservación de los bosques de tierras comunales; por eso sólo hacía carbón una vez al año y únicamente para el uso de su familia.

Martín y Felipe iban camino del campo de don Porfirio donde trabajaban como peones. Dicho campo, situado en tierras de un nivel favorable, se cultivaba con el arado en vez del azadón y la coa que Pedro utilizaba en su *tlacolol* del cerro. La tierra era más fácil de trabajar que los claros de la montaña, y don Porfirio era menos capataz que Pedro. De modo que los muchachos estaban contentos de tener la oportunidad de trabajar para don Porfirio y ganar algunos centavos para la familia. Podían esperar de su padre que luego les diera una camisa nueva o un sombrero, o algún monedero.

Cuando llegaron al campo de don Porfirio, los dos hijos mayores abandonaron el camino. Pedro asintió a que se separaran, y caminó en silencio con Ricardo, absorto en sus pensamientos. Había vendido una mula a don Gonzalo el día anterior para poder pagar su deuda a doña Conde, y le molestaba haber tenido que

* *Tlacolol*, claro de montaña o cerro en que se siembra. Su pendiente dificulta la labor.

darla únicamente por trescientos pesos cuando bien valía cuatrocientos cincuenta. Y ahora sólo le quedaba una mula. Esto significaba que los muchachos tendrían que acarrear la mitad de la leña que acostumbraban bajar del monte, y que quedaría muy poca para vender, después de que Esperanza tomara la que necesitaba. Además, durante la temporada de la ciruela, los muchachos solamente podrían ganar la mitad del salario que habían ganado el año anterior acarreando huacales de fruta a la estación del ferrocarril. Y durante la cosecha, tendrían que hacer el doble de viajes para bajar el maíz del campo.

Pedro no podía recordar alguna época en que no hubiera tenido deudas. Al principio del año anterior, después que salió del hospital donde lo operaron, pidió prestados trescientos pesos a Isabel, la viuda, para pagar la cuenta del doctor. Luego, hallando tediosa la deuda con ella, puesto que le exigía consejos "legales" gratuitos, pidió prestados ciento cincuenta pesos a un político rico, para pagar a Isabel, y para poder pagar otras deudas también pidió a Asunción trescientos pesos. Durante todo este tiempo había estado pagando, con un interés del ocho por ciento mensual, un préstamo del año pasado de doscientos pesos. En ocasiones parecía como si estuviera caminando para siempre alrededor de un molino de viejas obligaciones. "La deuda continúa: sólo los acreedores cambian."

Para Pedro, como para la mayor parte de los habitantes de Azteca, el obtener el dinero suficiente para ropa y comida, de una a otra cosecha, era el problema siempre presente que absorbía todo su tiempo. Cuando mejor le iba, Pedro ganaba al año, con ayuda de su esposa e hijos, 2 400 pesos. Los muchachos obtenían la mitad de esta cantidad alquilados como peones, y recogiendo y vendiendo leña. Un tercer ingreso se obtenía de la venta de ciruelas, la hechura de reatas y el maíz sembrado. Una corta cantidad, apenas mayor de 60 pesos, se obtenía de los pagos que los vecinos hacían a Pedro por acompañarlos a ver a un abogado, o por asistir a una reunión del tribunal en Cuauhnahuac. Pedro había aprendido algo acerca de los asuntos legales durante sus años de actividad política y tenía la reputación de ser "medio-abogado". Sin embargo, sus ingresos por consejo "legal" no eran mayores que aquellos obtenidos con las ventas ocasionales que hacía Esperanza. Pedro y sus hijos podrían doblar sus ingresos si trabajaran como peones durante el año con un sueldo de 4 pesos diarios, pero él rehusó trabajar o permitir a sus hijos que lo hicieran en haciendas, que para él eran todavía el símbolo de la opresión. En el pueblo, no había un trabajo seguro durante el año, y en todo caso, Pedro prefería trabajar como campesino independiente.

Por llegar a ser un campesino independiente con su parcela de tierra propia, luchó al lado de Zapata en la Revolución. Había

trabajado para otros desde que tenía ocho años de edad, primero guardando el ganado de su tío Agustín, quien frecuentemente lo golpeaba; luego, desde los diez años hasta después de su matrimonio, como sirviente y peón en las haciendas, donde también fue maltratado. Aun durante el período brevemente feliz, cuando su madre los trajo a él y a su hermana a vivir con ella y su padrastro, al pueblo grande de Tepetate y concurrió a la escuela, Pedro había tenido que defenderse de sus "superiores". Durante esa época sólo hablaba náhuatl, la lengua de los Aztécatl, y tenía que pelear con sus compañeros de escuela porque lo llamaban "indio" de un modo insultante.

"Me mandaron a la escuela, ¡uuuuuuuh! Otro martirio. Porque si salía yo a jugar con los muchachos mis vecinitos, me pegaban porque decían que yo los regañaba con esa palabra de mexicano. Me pegaba el profesor, me pegaban los muchachitos porque... salíamos al recreo y creían que era picardía lo que yo decía. Pero yo hablaba en mexicano. Bueno, entonces pasé muchos trabajos, pero me gustó el colegio.

"Seguido me pasaba, pero más ese día. Ese día que nos sentábamos así a la hora de salir, diez minutos antes. Con los brazos cruzados así, sin moverse, y el profesor no más recorriendo la vista a ver quién hace desorden. Y un muchachito me comenzó a decir 'indio' en voz muy baja. Yo nomás lo veía. Por fin, de tanto y tanto, que se va el profesor al otro departamento con los más grandes y comenzó... 'indio', 'indio'..., y nomás tantito levanté el codo ¡y que le pego!... pos en la mera...! Ayyyyyy comienza a gritar. ¡Caracoles! Que se viene corriendo el profesor y... —Qué pasa!

"Entonces todos me acusaron:

"—Pos éste, ya le pegó, mire, ya le sacó sangre.

"Onde que la sangre... ¡agua corría!

"—¿Quién hizo esto?

"—Pos este muchachito, este niño.

"¡Y que agarra! (enton's pegaban los profesores); ya traiba la vara... ¡Zas!, me dio doce. Pobrecito de mí. Pero si hasta me daba vueltas; ahí en el ladrillo me aventó, y hasta me oriné... (con perdón de usted). Y yo sin poder responder..., sin poderme defender.

"Enton's que ya van a dar las 12 para irse a comer. Bueno, que ya se van a ir. Comenzaron a cerrar las puertas y que me sacan a las mesas ante los del cuarto año, grandes así las mesas. Ahí me hincaron con dos piedras, una en cada mano y me iban a dejar encerrado; ellos se iban a comer y yo ahí prisionero. ¡Ya se fueron...! ¡Ya todos los muchachos se fueron! Ya nomás faltaban los profesores... Ya estaban saliendo, y yo... pos asustado, nomás mirando. ¡Ya están cerrando las puertas! El último profesor me iba a dejar encerrado. Cuando la última puerta se

va a cerrar, que brinco de la mesa, comencé a gritar y las piedras las tiré ¡y que me salgo! Todavía me quería agarrar. Pero... ¡cuándo! Yo me salí corriendo y hasta dejé el sombrero. Yo que corro, gritos y gritos, hasta llegar a mi casa. Venía yo por allá... del bosque."

Pedro no terminó el primer año y apenas aprendió a leer, porque su padrastro lo sacó de la escuela para que ganara dieciocho centavos al día en una hacienda cercana. Cuando llegó la Revolución, Pedro ya estaba casado y era padre de un hijo; era natural que simpatizara con Zapata y se sumó a la lucha. Más tarde trabajó por el mejoramiento de su propio pueblo, tomando parte en la reconstrucción, en las nuevas elecciones, en el gobierno local, en la lucha por la conservación de los bosques y en la construcción de la carretera. Los viejos abusos habían terminado. El pueblo había reconquistado el derecho a utilizar la tierra comunal en la ladera y algunos campesinos afortunados recibieron tierras de ejido, expropiadas a las haciendas. Las deudas y la pobreza agudas se habían aminorado, el alquiler de los niños como sirvientes fue abolido, aumentó la asistencia a las escuelas, y había más libertad personal.

Pero para Pedro la Revolución fue un fracaso. Él creía que no vivía mejor de lo que había vivido durante el gobierno prerrevolucionario de Porfirio Díaz. Los precios elevados y la creciente necesidad de dinero hacían la vida difícil. "¿Qué ventaja es tener libertad si no tenemos lo suficiente para comer? Antes eran los dueños de las haciendas los que nos explotaban, ahora es el gobierno y los banqueros. Todo es lo mismo."

Sí, Pedro se sentía derrotado. Para él, la Revolución había terminado con la muerte de Zapata. Sus veinticinco años como político le habían hecho ganar poco más que prestigio. Su disciplinado esfuerzo para autoeducarse, y aprender a leer y a escribir, y para enseñar a su hija mayor, no le permitieron "elevar" a la familia como había soñado. Hasta su conversión del catolicismo al protestantismo, hacía 15 años, lo dejó insatisfecho. La vida de Pedro había sido una búsqueda de ideales y causas, más que una lucha por el engrandecimiento personal. No comprendía los tiempos que cambian, la economía del dinero o los valores comerciales del México posrevolucionario. Sabía solamente que seguía siendo un pobre campesino sin tierra, y que mucho dependía del trabajo de sus hijos para lograr sus fines.

Ahora Pedro se sentía preocupado porque sus dos hijos mayores comenzaban a resistirse a los planes que les tenía trazados. Felipe se quejaba diciendo que el duro trabajo le arruinaba la salud. ¡Quería aprender un oficio! Martín quiso hacerse panadero; su madrina le había prometido que al cumplir dieciocho años lo aceptaría como aprendiz en su panadería, y él estaba muy deseoso de aceptar. Pedro lo había prohibido en forma

terminante. Necesitaba a sus hijos para trabajar el campo. Pero tan pronto como Martín cumplió los dieciocho años se fue de aprendiz con su madrina, sin consultar a nadie. Trabajó sin sueldo durante seis meses. Pedro lo regañó hasta hacerlo llorar de desesperación. Siempre que Martín faltaba a comer, Pedro se tornaba colérico y le gritaba: "No quiero que trabajes por el pedazo de tortilla que te dan." Ordenó a Martín que rehusara toda clase de alimentos que le proporcionaran en la panadería y que viniera a tomarlos a casa de su padre. Cuando se inició la temporada de siembra, Martín regresó a trabajar en el campo pero Pedro se sentía temeroso de que volviera otra vez a la panadería después de la cosecha.

Pedro tenía planes distintos para su hijo menor Moisés, demasiado débil para soportar la vida de campesino. Con ayuda de Dios y de sus hijos mayores, Pedro soñaba con educar a Moisés para que fuera maestro o "tal vez abogado". Se sentiría feliz si uno de sus hijos pudiera hacer "una carrera". Beneficiaría a toda la familia.

La vereda se iluminó y Pedro salió de su ensimismamiento para darse cuenta de que el camino a la tierra casi se había terminado. Alcanzó a Ricardo y comenzó a decirle justamente dónde de comenzar a desyerbar ese día.

Cuando los hombres se hubieron marchado, Esperanza revisó las provisiones del día. Quedaba un poco de nixtamal, apenas suficiente para los dos muchachos que aún dormían, algo de chile, canela, azúcar y sal. No había dinero porque Pedro gastó todo el que obtuvo con la venta de la mula en huaraches para Felipe, un sombrero para él y un machete para Ricardo, demasiado necesarios para el trabajo del campo. El resto del dinero fue a parar a la odiosa doña Conde.

¿Adónde ir a pedir prestado? ¿Qué cosa podría vender? Esperanza se enfrentaba a estas preguntas casi diariamente. El dinero del día anterior se terminaba casi siempre para la mañana siguiente, excepto cuando lograba guardar alguna pequeña suma en los escondrijos de la casa. Hasta cuando Pedro le daba mayores sumas, se gastaba el dinero rápidamente, ya sea pagando deudas, o comprando algo que mucho se necesitaba. Lo peor era cuando alguien de la familia estaba seriamente enfermo. Entonces tenían que vender casi todo, en ocasiones sus coconitos o el machete o el metate, algunas veces una mula.

Esperanza se preguntaba a quién recurrir. A su prima María no podía pedirle porque aún no le había pagado los diez pesos que días atrás le había prestado. Tampoco podía pedir a su tía Gloria, pues el día anterior ella misma se había detenido para solicitar un pequeño préstamo. Quedaban los vecinos de al lado, pero ellos hablaban mal de Pedro desde que se metió a político.

Esperanza no comprendía por qué eran tan susceptibles, ya que las actividades políticas de Pedro no los hicieron ni siquiera "tantito ricos". Ningún otro vecino tuvo nunca el suficiente dinero para prestar, y no quería pedir una pequeña suma con interés a los ricos. Era mejor vender el guajolote aunque tendría que pasar mucho tiempo para poder hacerse de un nuevo coconito para criarlo. Esperanza bebió su canela y fue en busca del guajolote. Eran las siete cuando se tapó con el rebozo y con el guajolote escondido debajo del brazo (¿por qué habrían de saber sus asuntos los vecinos?) se dirigió hacia el barrio de San Martín, donde conocía algunas casas en que se comía bien.

Macrina salió hacia el fondo de la huerta. Los muchachos más chicos aún dormían y no había peligro de que la espieran entre las yerbas, como en ocasiones lo hacían. Como la mayor parte de los campesinos, los Martínez carecían de un excusado o de una fosa. Cuando Macrina regresó se lavó las manos antes de arrodillarse frente al metate para hacer las tortillas. Llamó con energía a Moisés y a Germán diciéndoles que se lavaran. Generalmente adoptaba un tono de represión hacia los chicos, particularmente hacia Germán, su custodia especial. Se había hecho cargo de él desde que su hermana Conchita llegó de la escuela para dar a luz al niño sin padre. Ya durante los seis primeros meses, cuando Conchita lo amamantaba y aún estaba en casa, Macrina (entonces de diez años) era quien lo cargaba, lo bañaba cada tres días, lo envolvía cuidadosamente para que creciera calladito y de suaves modales, y le lavaba los pañales. Pero durante los últimos años, Macrina dejó gradualmente de cargarlo y jugar con él, empezó a regañarlo con frecuencia, y si se portaba mal, le pegaba. No preocupaba a Macrina el que ahora Germán la evitara y pareciera preferir la compañía de Moisés a la suya; era justo que él mantuviera su distancia y respeto por ella.

Los chicos habían terminado de comer y jugaban en el patio cuando Esperanza regresó, después de una hora, cargando todavía el guajolote. Cuando hubo comido las dos tortillas que Macrina le hizo, dijo a su hija que únicamente le ofrecieron dos pesos cincuenta centavos por el guajolote. Sólo quedaba recurrir a don Porfirio para pedir un adelanto del sueldo de sus hijos.

Antes de volver a salir Esperanza recordó a Moisés que trajera el agua de la fuente y en seguida se marchara a la escuela. A Germán lo envió a casa de su prima para recobrar las tijeras que había prestado. Macrina, que conocía su trabajo, no requería instrucciones. Desde el año pasado en que Esperanza enfermó, Macrina demostró que podía ser responsable. El hacer ver a su familia, particularmente a su padre, que podían confiar en ella, parecía ser el único fin de Macrina. Había asistido hasta el quinto grado a la escuela local y había soñado con llegar a ser maestra

o, cuando menos, costurera. Pero súbitamente Pedro la sacó de la escuela para que ayudara a su madre, y nadie se atrevió a pronunciar una palabra de protesta. Era verdad que Esperanza no estaba bien de salud y que el cuidar a tantos hombres en casa, así como al nietecito, era demasiado para ella.

Ya sola, Macrina dobló las cobijas de las dos camas, tomó la escoba de varas y comenzó a barrer el piso de tierra. Barría sin prisa, teniendo especial cuidado en los rincones, ya que su padre observaba si el trabajo se hacía bien o no. Con frecuencia le oyó decir entre bromista y regañón lo ignorante que su madre era cuando casó con ella. "No sabía coser, barrer o planchar, ni lavar la ropa. Con trabajos desgranaba el maíz y hacía las tortillas." Pedro había enseñado a Esperanza su mujer cómo se hacía la mayor parte del trabajo de la casa; hasta le enseñó cómo se barría, porque al principio se olvidaba siempre de los rincones. Cuando ella trató de hacerle sus primeros calzones tuvo que llamar a su madre para que la ayudara. En realidad, Pedro lo sabía, no había sido culpa de Esperanza. Antes los padres no enseñaban a sus hijas muchas habilidades domésticas porque se casaban muy jóvenes y era obligación de las suegras enseñar a las nueras. Esperanza tenía catorce años cuando se casó y su suegra había muerto.

Macrina fue a limpiar el cuarto donde dormían los hermanos. Dobló el sarape acomodando el petate sobre el otate* que compartían Martín y Moisés. Los otros muchachos se habían llevado sus sarapes. Los sarapes eran los objetos de mayor valor en la casa; cada uno había costado como cincuenta pesos. Amontonó en seguida los huacales de ciruelas que servían de cama a Ricardo, quien durante algún tiempo disfrutó del catre de Felipe, pero como Felipe discutía por su cama cada vez que Ricardo se acostaba, éste terminó por acomodar ocho huacales de ciruelas (dos a lo ancho y cuatro a lo largo) para hacerse su propio lecho. Con un petate y una almohada de trapos debajo y un sarape, esta cama era sólo un poco más incómoda que el catre. Pero los huacales eran pesados y daban mayor trabajo a Macrina; tenían que estar apilados durante el día para que no ocuparan tanto espacio.

Las paredes de adobe, cubiertas aquí y allá con viejos periódicos, estampas religiosas y calendarios, tenían salientes de clavos que se utilizaban para colgar sombreros o ropas extras. El cuarto contaba con pocos muebles y no tomaba mucho tiempo el limpiarlo. Macrina sacudió el cofre de madera que guardaba los libros religiosos más apreciados por su padre, la Constitución y el Código Civil de Morelos, al que se refería cuando los vecinos le consultaban problemas legales. Aquí se guardaban también papeles importantes y algunas piezas de buena ropa. Macrina

* Otate: atado de carrizos en forma de plancha.

alineó contra la pared siete bancos y dos sillas que su padre compró en años pasados. Antes, la familia utilizaba los huacales como sillas. También acomodó las tres banquetas que Martín construyó cuando tomó unas clases de carpintería en una nueva Misión Cultural del Gobierno.

Macrina sacudió el mueble que le faltaba, una mesa de madera que había servido de altar cuando la familia era católica. Ahora sostenía pequeños montones de libros muy usados, textos viejos que Conchita había empleado cuando dio clases, algunos panfletos religiosos y algunas lecturas frívolas que Pedro aprobaba difícilmente, como: cancioneros, revistas cómicas, el *Paquín* y el *Chamaco*, y tres novelas forradas con papel de estraza que los muchachos grandes habían leído y releído. Éste era un material de lectura más abundante que el poseído en la mayor parte de los hogares del pueblo de Azteca. Existía además un alitero de seis Biblias, una para cada miembro de la familia que sabía leer. Macrina lo sacudió cuidadosamente y al levantar la Biblia de Felipe cayó un papel doblado al suelo: un recado de la viuda. "Las viudas son unas descaradas —pensó mientras puso en su sitio la nota—. Sin un hombre en la casa que les diga lo que tienen que hacer, pueden tener amantes y andar de fiesta en fiesta."

De regreso en la cocina limpió la mesa baja en que habían comido Pedro y los tres hermanos mayores y recogió del suelo algunos huesos de ciruela. Por la fuerza del hábito miró en el cajón de la mesa buscando algún dinero para la comida. No había nada, ni siquiera los palillos de Pedro, ni las aspirinas que tomaba Esperanza para las jaquecas.

A las nueve y media regresó Esperanza con las manos vacías. Don Porfirio se había ido al Juzgado y no regresaría hasta las diez. Hubiera sido penoso para ella esperarlo, de modo que volvió a su casa, se sentó y platicó con su hija durante quince minutos y otra vez escaló la empinada colina hacia la casa de don Porfirio. A las diez y media estaba de regreso con doce cuartillos de maíz y cuatro pesos en efectivo que don Porfirio le dio. Cansada de haber caminado tanto, se acostó durante media hora.

Esperanza había notado que se cansaba más fácilmente que antes. Tal vez envejecía, y en verdad no podría decir su edad puesto que su madre nunca le dijo cuándo había nacido. O tal vez se cansaba pronto porque bebía mucho alcohol, como pensaba su tía Gloria. El cansancio le había aumentado desde su enfermedad del año pasado. Quizá fue embrujada por algún enemigo de ella o de Pedro. Pedro, que había estudiado la Biblia, le enseñó a no creer en esas cosas, a menos que se tratara de un caso absolutamente claro de hechicería. Ella siempre trató de satisfacer a su esposo, pero, si se tratara de un caso de hechicería ¿no debería ir al curandero antes que fuera demasiado tarde?

Mientras descansaba su madre, Macrina lavó los escasos trastos del desayuno, lavó el metate y preparó la mitad del maíz remojándolo en el agua con cal. Avivó el fuego con el soplillo y colocó sobre el tlecuil las barras de hierro que habían de sostener el bote con el nixtamal.

A las once, Esperanza se levantó y salió rumbo a la plaza para comprar el mandado del día. Presurosa bajó la loma, torció a la izquierda y caminó por una calle sin pavimento, despreocupada del lodo y los charcos que habían dejado las copiosas lluvias diarias. De hecho, el agua resultaba grata a sus pies descalzos, pues casi era mediodía y la tierra se ponía demasiado caliente.

Al finalizar está larga calle, volvió por otra empinada y empedrada, con casas alineadas, muchas de ellas con ventanas y fachadas lisas y encaladas, mucho mejores que cualquiera de su barrio. Se hallaba en el extenso barrio de San Martín, donde vivían algunos campesinos acomodados.

Aligeró el paso, se ciñó el rebozo más firmemente sobre los hombros y bajó los ojos como toda mujer decente, alzando la vista ocasionalmente cuando pasaba por alguna casa o cuando alguien caminaba frente a ella. La calle estaba tranquila y solitaria, excepto que había algunos cerdos y gallinas. Dos mujeres, aún distantes, regresaban de la plaza. Esperanza podía oír el tortilleo en las casas y lamentaba haber salido tan tarde. Le dolía la cabeza, estaba sedienta, y por primera vez en mucho tiempo sintió la necesidad de un trago de alcohol.

Por el momento, las cosas marchaban tranquilas en su casa. Pedro ya no la regañaba desde que dos semanas atrás llevó a la viuda Eulalia, del barrio de Santo Domingo, a la feria. Ella se sintió mucho cuando Pedro le pidió que preparara la comida para la viuda, y no pudo ocultar lo que sufría cuando le sirvió de comer. Pedro le arrojó el plato con comida y todo regando los frijoles y las tortillas por el suelo. ¡Y el torrente de palabras feas que siguió! Le dijo que era una ignorante, y que no sabía cómo se había casado con ella. Él necesitaba una mujer que supiera leer y escribir y ganara dinero —¡como Eulalia!—. Dijo que era hombre y tenía derecho de hacer lo que le viniera en gana, que siendo ella mujer y tan estúpida, debía soportar cualquier cosa que él le hiciera o le dijera, hasta si decidía traer a la viuda a vivir en la misma casa; o que mejor dejaría la casa y se iría a vivir con la viuda que también sabía cocinar y servirle y quien le ayudaría más, puesto que era inteligente. Luego, Pedro la obligó a recoger los frijoles y a comérselos mientras la observaba. Cuando él se fue, ella lloró, sacó la botella y bebió. A los hijos no les gustaba verla bebiendo, pero en ocasiones ella tenía que hacerlo. Tres días después, Pedro regresó y desde entonces estuvo callado y no se había vuelto a enojar.

Trajo chile, dulce, pescado seco, sal y azúcar, y todos estuvieron contentos.

Esperanza sabía que su esposo era de carácter muy violento y que en ocasiones la trataba injustamente tanto a ella como a los hijos. Pero también era bondadoso, y sabía que la quería. Cuando eran jóvenes la consolaba después de que la hacía llorar tomándola en sus brazos y diciendo: "Anda, no te enojés." Sí, ella había llevado una vida mejor a su lado que con su madre y su medio hermano mayor.

"En mi casa mi hermano me regañaba y mi madre me pegaba y yo nunca les rezongué. Una vez le dije: 'Me pegas tanto que prefiero irme con mi madrina.' Mi madrina me quería mucho y me daba muchas cosas. Entonces mi madre me pegó más; me daba duro, con un mecate. Yo corrí para la calle a buscar la casa de mi madrina. Mi madre me siguió y me tiró una piedra. Yo creo que sólo quiso asustarme porque no me tocó. Luego, llegó mi hermano y me defendió. —¿Por qué le pegas tanto?—, le dijo a mi madre. Entonces no tenía ninguna libertad. Ciertamente nunca fui a ninguna parte. Muchas veces las vecinas deseaban alquilarme para que cuidara a sus hijos, pero mi hermano nunca me dejó. Nunca quiso tampoco que fuera a la escuela."

Esperanza no aprendió a leer y a escribir; y no podía defenderse cuando Pedro la acusaba de ser ignorante y estúpida. Pero ella le decía: "¿No sabías quién era yo cuando mandaste a tu madre a pedirme?" En verdad, cuando Pedro buscó una esposa, decidió que la joven Esperanza, quien era virtuosa e inocente y más pobre que él, era la muchacha ideal. Esperanza no quiso casarse con él ni con ningún otro, pero cuando al morírsele su madre Pedro se quedó huérfano sin que nadie le hiciera sus tortillas, ella le tuvo lástima y consintió en el matrimonio.

Pocos días antes de la boda su madre la aconsejó: —"Ahora que te vas a casar debes cambiar de genio. Aquí tienes un genio, pero allá debes tener el de tu esposo. Si te regaña, no contestes; si te pega, aguántate, porque si no tu esposo va a decir que qué clase de educación te hemos dado." Esperanza siguió el consejo de su madre. "Y siempre fui así —pensó—. Cuando Pedro me pegó, yo sólo me senté a llorar."

El matrimonio tuvo lugar en 1910, en la Iglesia del pueblo. Pedro regaló a Esperanza el primer vestido que tuviera. Antes siempre usó una blusa y una larga falda. También le dio una moneda de cincuenta centavos para que gastara. Se la llevó a vivir con él y con su tía, a su casa de un solo cuarto.

"Me acuerdo de la noche en que nos casamos. Yo tenía harto miedo. Pedro todavía me molesta cuando me dice burlándose: '¿Por qué te espantabas aquella noche?' De verdad yo no sé qué me pasaba. Me agarró... como fríos, hasta temblaba. Yo

tenía mucho miedo, pues nunca nunca nos habíamos hablado. Después que cenamos la tía de Pedro se acostó y él también. Él se acostó vestido. Siempre lo ha hecho así. Yo también, siempre me acuesto con mi ropa puesta. Después apagaron la vela y yo, al fin... tuve que acostarme. La tía me decía que para eso me había casado y que me acostara. Yo tenía mucho miedo y vergüenza. Pedro me tapó con el sarape y luego empezó a abrazarme y a tocarme los pechos. Luego se me fue encima. Yo no sabía cómo le hacían los hombres y yo decía: 'Puede que sea ansina.' Yo tenía ganas de gritar y de irme con mi mamá, pero me acordaba que me había casado y entonces me decía: 'Si me muero, me moriré. ¡Aquí tengo que aguantar aunque me mate.' Y cerraba los ojos, y esperaba lo peor. Pedro ya sabía cómo se hacían esas cosas, pues hasta tenía una hija con una mujer casada. No me acuerdo que me saliera sangre, pero sí me dolió mucho; no grité porque allí estaba la tía y me daba vergüenza que me oyera. A los quince días todavía tenía yo miedo. Poco a poco va agarrando confianza uno. Yo no hablaba con nadie de estas cosas; ni con mi mamá. Sólo le contaba a una prima de mi esposo. Le decía lo que me hacía mi esposo. Yo le decía: 'Los hombres no más juegan con una. ¿Por qué se han de casar?' Entonces ella me decía: 'Así son, y tienes que dejarte.' Como a los dos meses yo ya fui sintiendo gusto, y yo ya fui queriendo a mi marido."

Esperanza iba presurosa por la calle, sin aflojar el paso; dijo "Buenos días" a dos mujeres con las que se cruzó. Una de ellas era su antigua comadre, la madrina de su hijo Ángel ya muerto, quien fue el último en ser bautizado en la Iglesia católica. Cuando Pedro se hizo protestante, todos sus compadres católicos rompieron con él. Esperanza se hizo protestante por insistencia de Pedro y porque... "de todos modos ya nadie me reconoce". Eso sucedió dieciocho años atrás, pero aún le molestaba encontrarse con sus antiguos compadres y comadres.

El por qué Pedro al cumplir los cuarenta años decidió abandonar su antigua fe e incurrir en la cólera del pueblo era cosa que Esperanza nunca comprendió bien. Sólo oscuramente se daba cuenta de que la Revolución Mexicana lo había desilusionado y que sus fracasos en la lucha política posrevolucionaria en Azteca fueron muy duros de soportar. Luego sucedieron muchas cosas que ayudaron a su conversión. Le regalaron una Biblia que le pareció la mayor revelación de su vida. La cuidaba "como si fuera algo santo" y cuando un misionero protestante llegó al pueblo, él estaba ya listo para escucharlo. Una noche, durante una velada, atacó a los sacerdotes y al catolicismo ante su tío Agustín, que era católico devoto y que además había tratado a Pedro en forma cruel cuando era niño. Cuando el tío Agustín regañó a Pedro por su anticatolicismo y lo insultó llamándolo ignorante, Pedro juró que haría un estudio serio de

alguna de las creencias evangelistas. Después de un año los dos se encontraron para el debate que duró toda la noche y Pedro derrotó al tío que había sido una figura tan autoritaria para él. A su esposa le dijo: "Realmente le soné duro. Le mostré todas las mentiras. Derroté a mi tío con sus propios libros. Le mostré que los muertos no retornan, que el domingo no es día de descanso, que el bautismo se hace por inmersión, que la confesión y la comunión son útiles, mas no si se hacen ante otro ser humano, que el infierno y el purgatorio son mentiras, puras mentiras. Los santos también, esas estampas ante las cuales se persignan, todo es mentira." Estuvo tan duro con su tío, que "el pobre hombre hasta lloró".

Después, Esperanza, Pedro y su hija Rufina cayeron enfermos. Los vecinos interpretaron estas calamidades como castigo de Dios y Pedro se puso colérico. "Ahora que la gente habla tanto —dijo—, me voy a volver protestante para que hablen con razón. Voy a quitar todas las estampas y santos que tenemos. De este modo y de una vez por todas, nos morimos o nos salvamos."

El rumor de que Pedro tenía intenciones de "quemar los santos" cundió por el pueblo. Los amigos y los parientes vinieron a protestar; otras gentes dejaron de hablar a la familia. Éste fue el principio de muchos años de ostracismo. Los muchachos Martínez tenían que vender su madera en Tepetate; Esperanza tuvo que ir a los lugares más apartados del pueblo para vender sus gallinas y huevos. Pedro fue apedreado en una ocasión, y cuando Rufina murió, su padrino rehusó hacerle el ataúd. En la escuela los niños eran evitados y hostilizados. Una vez los compañeros de Conchita la arrastraron de las trenzas hasta la iglesia para que fuera a besarle la mano al cura, y dos muchachos casi la ahorcaron con sus trenzas, porque, según dijeron, había tratado de convertirlos. Un rumor persistente durante años era que Pedro fue visto arrodillado ante su hija mayor, quien estaba de pie sobre una mesa rodeada de flores como "una santa".

Aunque Esperanza estaba terriblemente confusa cuando se dio cuenta de que su esposo iba a convertirse, se sintió indefensa para impedirlo. No hizo nada, sino llorar y eludir a la gente. Sus parientes vinieron y la amenazaron diciéndole que no debía abandonar la religión de sus mayores.

"El protestantismo apenas comienza —le dijeron—, es algo nuevo; además, los protestantes no creen en Dios." La hermana de Pedro la instó para que abandonara a Pedro. "Es horrible lo que ha hecho —le dijo—: quitar los santos y tener esos demonios en la casa de mi madre. Déjalo a él y a sus hijos y ya verás cómo abandonará su protestantismo." Pero Esperanza contestó: "¿Qué puedo hacer? Él manda."

Fue más difícil para Esperanza someterse al cambio de re-

ligión de lo que fue para Pedro. Él siempre había sido un ferviente católico, y además de llegar a ser el rezandero, fue por dos veces el mayordomo del barrio. Estaba acostumbrado a frecuentar la iglesia, especialmente los días de fiesta. Los Viernes Santos rezaba toda la noche, ayunaba durante la Semana Santa, y se confesaba y comulgaba una vez por año. Cuando se hizo Adventista se entregó a ello con la misma pasión, leyendo y frecuentando un grupo de estudio, convirtiendo a otros, y llevando a cabo los servicios en su hogar. ¡Hasta pareció que disfrutaba al estar contra todo el pueblo! Esperanza, que creía en una vaga mezcla de conceptos católicos y paganos, nunca se vio muy comprometida con la religión cristiana. En una ocasión, cuando necesitaba leña urgentemente, ¡quemó una cruz de madera que Pedro había puesto en el patio para proteger la casa! Ella realmente veía poca diferencia entre la vieja y la nueva fe cristiana y, aun después de su conversión, no hacía una clara separación entre ellas. Una vez, en el Día de Muertos, "sintió pena por nuestros niños muertos" y para ellos puso una vela y flores en la capilla del barrio. En otra ocasión fue a la capilla de San José "a rezarle a Dios para que me diera paz en mi hogar porque Pedro estaba insostenible. Y realmente se calmó después del rezo". En conclusión, la conversión trajo a Esperanza sólo confusión, inconvenientes y ostracismo, haciéndole más improbable el encontrar consuelo en las creencias tradicionales.

La familia sí se benefició con el cambio espiritual de Pedro, y por esa razón pudieron aceptar la conversión, a pesar de la severa desaprobación social. Al abandonar la política, Pedro dejó de embriagarse, dedicándose al trabajo y a la religión. Como parte de su nueva fe trató de dominar su mal carácter, respondiendo humildemente ante las provocaciones. "Si peleamos, todos nos critican." La familia comenzó a comer mejor y a llevar una vida doméstica más pacífica. De hecho en ningún otro tiempo estuvo la familia tan unida y contenta como durante este periodo en que Pedro se dedicó a su bienestar físico y espiritual. Por otra parte, sus esfuerzos se vieron compensados por el apoyo y admiración de sus hijos y, hasta cierto punto, de su mujer.

En los últimos años, Esperanza se dio cuenta de que Pedro regresaba lentamente, pero sin duda, hacia el catolicismo. Poco a poco se había desilusionado de la conducta de algunos de sus correligionarios. Él había esperado obtener de los elevados principios morales de los Adventistas, así como de su hermandad, la confianza y el amor que necesitaba. El primer golpe vino cuando el hombre que lo convirtió trató de seducir a su hija Conchita la noche en que fue aceptado como huésped en su casa. También se sintió lastimado cuando algunos ministros protestantes lo trataron como a un inferior. Un incidente fue decisivo y se destacó como el motivo básico. Conchita quería estudiar en la ciudad

de México y Pedro la llevó a la casa de un pastor protestante que le había prometido casa y comida a cambio de trabajo.

"Conchita tenía paludismo —dijo Pedro—, pero con ese entusiasmo que quería aprender quiso venir así nomás, con todo y la enfermedad. La llevé a casa del pastor; era de dos pisos, ¡una gloria! Nomás de lejos la devisé. Sí, muy bonita su casa. En fin, yo quedé en la cocina, bajo el pretil, de ahí no me sacaron. Ese tal por cual me trató como basura.

"Mi pobre hija comenzó luego luego a ayudarle a la señora, aunque estaba muy enferma. Yo insistía: 'Vámonos hija, no me gusta el carácter del hombre. Se ve que es muy áspero y sus dos hijos todavía peor.' Ella dijo: 'Yo no me voy aunque me muera.' Humm... ¡pos ni modo!

"El pastor nos invitó al servicio y fuimos en la noche. Después me dieron el cafecito, bueno, y llegó la hora de acostarnos. Se llevaron a Conchita para arriba a dormir en un tapete mugroso en el cuarto de sus hijas.

"El pastor me dice: 'Bueno, entonces hasta mañana. ¡Ahí vea por dónde se acomoda!' Y... ¡pero dónde me iba a acomodar! ¡Pues si no había nada!, ni siquiera un tapete viejo que me hubieran aventado! ¡Nada! El cemento muy frío y hasta con agua que habían regado. Y digo: '¡Caray! pues éstos son cristianos! Por ahí comencé a pensar, y a desmoralizarme y a perder la fe.

"Entonces dije, pos no, la verdad esto... ni modo, yo qué voy a hacer, pues. Yo me espero hasta que decidan. Ésta... Voy a ver el porvenir de ella. Al fin solito en la cocina, padeciendo ahí. No dormí en toda la noche, no más sentado, me recargué en el pretil del bracero. Y la de malas mía, que digo, bueno, voy al excusado. ¿Por dónde? Comencé a pensar. Pues... cierran la puerta. Estaba un perrote así que, apenas me veía ¡grrr! Y ora sí, ora sí ya me fue peor; ni modo de abrir más la puerta, pues se estaba enojando el perro, un perrote así de grandote. Pos ora sí, ya me jue de malas porque tanto el patrón como sus animales... Dios me estaba castigando.

"Como a las cuatro y media de la mañana bajó la madre a barrer la calle. Era tan indita que los niños la trataban como a una sirvienta, después de tan decente que era. Y los hijos durmiendo y él también durmiendo, y la pobre madre salió a la calle a regar y a barrer. Dije ¡caray, con que éstos son cristianos! Entonces el hijo en la noche, cuando entró, no más me pasó a hacer así, ni siquiera me saludó, no más así y ya. ¡Qué caray! ¡Qué educación tienen estos hombres! A la madrugada baja mi hija, me vio así sentado por ahí. Dijo: 'Papá, vámonos.' Le digo: 'Sí, esos burgueses, el tipo que nunca trabaja.' Así me trataban. Me entró esa espina tan grande... Me dolió hartito. Que... cristiano. ¡Es mentira! Que hermano... ¡Es mentira! Los odié. Dios me perdona, pero todavía los odio. Le escribí una

carta muy dura diciéndole: 'Usted no es cristiano, usted es un zángano que no más está comiendo de la salud de sus feligreses. Es peor que los sacerdotes'."

Después de aquello, Pedro participó menos en los asuntos de la Iglesia Adventista, aunque continuó asistiendo a los servicios sabatinos con regularidad. En 1943, dejó de contribuir con el diezmo para la iglesia. Rezaba pero ya no comulgaba. Se dejó arrastrar nuevamente por la política y por eso comenzó a beber otra vez. También "por la política" comenzó a asistir a velorios y a concurrir a fiestas con sus partidarios católicos. Se hizo más tolerante hacia el catolicismo, y de hecho, le complació volver a sentirse aceptado por la comunidad católica. Creía, sin embargo, que tanto su fe protestante como su alta moralidad le habían granjeado por parte de los vecinos más respeto que nunca.

Pero para Esperanza ya era muy tarde. Había permanecido demasiado retirada de la vida social de la comunidad para reintegrarse ahí donde dieciocho años atrás la había abandonado. No estaba preparada para edificar nada nuevo: su conversión había sido una experiencia traumática más, en una vida llena de traumas. Ella estaría satisfecha mientras Dios le diera vida para seguir trabajando para la familia, aceptando lo que el destino la trajera, sin pedir nada.

Del camino asfaltado, Esperanza volvió a torcer a la izquierda y rápidamente pasó frente a unas casas, dejó atrás el jardín y cruzando la plaza se dirigió a los portales donde las mujeres sentadas a la sombra esperaban vender sus montoncitos de mercaderías. Cuidadosamente realizó con ellas sus pequeñas compras: un cuarto de kilo de arroz a 35 centavos; 10 de café; 15 de manteca; 15 de jitomate y 20 centavos de chiles. En su canasta bajo el rebozo, colocó los cucuruchos de arroz y de manteca con los otros artículos comprados. Entró en seguida en un oscuro tendajón del portal donde compró un decilitro de alcohol para beber, y 20 centavos de petróleo para la lámpara. Rumbo a la casa se detuvo a comprar dos cafiaspirinas para su dolor de cabeza.

Sonaban las campanadas del mediodía cuando Esperanza llegó a casa después de la caminata larga trepando la loma. Sin sentarse a descansar dio a Macrina la canasta, sacó la cubeta del nixtamal y rápidamente regresó a la plaza. Esta vez fue hacia el molino. Aunque el nixtamal estaba caliente para molerse y la masa podría salir pegajosa, ya era tarde y se necesitaba para la comida del mediodía. Macrina había apartado algo de nixtamal para la cena, lo que significaba otro viaje al molino, pero el nixtamal estaría fresco y las tortillas resultarían mejores. Como todos los hombres, también los de casa tenían mal genio y debían ser atendidos como es debido.

Esperanza miró con interés hacia la puerta del molino buscando amigas. Le gustaba "formar cola"; era una de sus pocas oportunidades para conversar con las mujeres conocidas. Pero el molino estaba vacío a esta hora y el molinero sin tardanza vació su nixtamal en la ruidosa máquina.

Macrina guisaba el arroz cuando Moisés llegó de la escuela. Sin saludar a su hermana buscó a Germán, que había pasado la mañana jugando silenciosamente en el patio. Cuando vio a Moisés, la cara de Germán se iluminó, pero siguió sin moverse junto al montón de piedras que había reunido. Cuando Esperanza entró en la casa llamó a Moisés para que sacara la mula a pastar. Era uno de sus diarios quehaceres. También traía agua de la fuente por las mañanas, recogía frutas para su madre, hacía los mandados, y todas las tardes, después de la escuela, regresaba a la plaza con una cubeta pequeña de nixtamal para molerlo en el molino. Durante las vacaciones escolares tenía trabajos de mayor responsabilidad: vendía maíz o leña, limpiaba las fibras del maguey y ayudaba a sus hermanos a tejer reatas.

Germán también tenía sus quehaceres, ya que todo el mundo debía trabajar. Debía hacer cinco viajes diarios a la fuente con dos botes pequeños para el agua, traer la leña que se iba necesitando y hacer los mandados para Macrina o para su abuela. Le gustaba llevar a pastar la mula con Moisés y pidió permiso a Macrina para que lo dejara ir. Ella respondió que no, porque amenazaba lluvia. Entonces Germán recurrió a Esperanza, quien dijo que sí. Como aún no estaba lista la comida, los chicos fueron enviados a recoger ciruelas para entretener el hambre de todos. Luego, después de un almuerzo de arroz, tortillas y café, los muchachos sacaron la mula. Desde la puerta, Macrina les gritó que no vagabundearan y que si regresaban mojados les pegaría.

A la una de la tarde sentáronse las mujeres a comer. Demasiado cansada para platicar de la gente que encontró en la plaza, Esperanza se quedó dormida en el banco. Macrina lavó los escasos trastos y tomando una cubeta salió a llenarla a la fuente. Los hombres del barrio habían construido una fuente cerca de la casa. Macrina estaba orgullosa de ella, porque su construcción se debía en gran parte a los esfuerzos de su padre. Él era el único del barrio que deseaba progreso y quien podía realizar sus proyectos. Le había tomado más de un año el convencer a los vecinos para que formaran el *cuatecuil** para hacer la fuente. Pedro sería pobre, pero era un hombre importante no sólo en su barrio, sino en todo el pueblo.

Con frecuencia escuchó a su padre llamar a los que no intervenían en la política: "piedras", "bolas de carne con ojos" o simplemente "¡viejas!", y ella también juzgaba a sus vecinos según este criterio.

* Cooperativa.

Macrina era muy joven para recordar lo que había sufrido la familia por las actividades políticas de Pedro. Lo habían encarcelado tres veces y en dos ocasiones tuvo que huir del pueblo para salvar la vida. Cuando trabajaba para las elecciones se olvidaba completamente de su familia y ésta tenía que luchar por sí misma. Se embriagaba con los amigos, tenía mujeres y contraía deudas. Por eso Esperanza decía: "La política nos muele hasta el polvo."

Calle abajo Macrina vio a Elena, la hija de la viuda Gloria, barriendo el patio. Elena dejó su escoba de varas y se apoyó en la barda. "Tengo algo que enseñarte", dijo. Y sacó del seno una carta doblada.

"Una chamaquita pasó corriendo y me la dio esta mañana en el molino. Es una carta de amor."

Las cartas de amor eran muy apreciadas por los jóvenes de Azteca y muy mal vistas por los adultos. Esta forma de cortejar o noviazgo, era un fenómeno reciente.

"¿Quién la mandó?"

"Quién sabe. No tiene nombre."

Macrina leyó la carta con todo cuidado:

"Bellísima señorita: Es imposible verla y no amarla y eso es lo que me ha pasado. Su hermosa imagen está grabada en mi corazón, tan profundamente, que donde quiera que voy la veo y escucho su dulce y armoniosa voz que me hace estremecer. Si contemplo el paisaje, se parece a usted de tan hermoso, su aroma me trae el recuerdo de la visión divina. Mirando al sol se hieren los ojos, en la misma forma en que sus hermosos ojos me hirieron. Cuando escucho el trinar de los pájaros me parece escuchar su divina voz. Solamente imploro de usted una palabra, que me indique que usted se interesa por los sufrimientos de mi corazón. Concédame esa palabra que me hará pensar soy el hombre más dichoso de la tierra y que me hará caer de rodillas a sus pies. Si usted me desprecia, moriré lentamente como muere la flor recién cortada. Y en mi agonía diré en todo momento: La amo, la adoro."

"Debe ser muy culto", dijo Macrina.

"¡Qué va! A lo mejor la copió de un libro."

Elena, a los dieciocho años tenía fama de "loca". El año anterior había estado en Cuauhnáhuac como sirvienta en la casa de un doctor, pero al poco tiempo la esposa del médico se las arregló para devolverla a su casa.

Macrina se dirigió a la fuente a llenar su bote. Pensaba en la carta y en si recibiría una parecida alguna vez. ¿Llegaría a casarse? No estaba segura. ¿Dónde hallar un joven que no fuera católico? Le gustaría casarse con un protestante y poder conservar la religión de su padre. Si se casaba con un católico tendría que convertirse al catolicismo, frecuentar la iglesia y confesarse.

No quería hacer eso. Era preferible quedarse en casa con sus padres.

Cuando regresó a la casa, su madre estaba en la cama durmiendo. Vertió el agua en la tinaja y se sentó a leer la Biblia. En cierto modo la conversación con Elena la había perturbado y la lectura de la Biblia la hizo sentirse mejor. Se desperezó cuando el reloj del pueblo dio las tres. Se levantó a barrer el patio y regaba las plantas cuando se le unió Esperanza bostezando y peinándose. Esperanza le habló de los remiendos por hacer. Sin decir palabra Macrina se dirigió a la cocina en busca de hilo y aguja, y trajo las ropas. Siempre cosía bajo un árbol en el patio porque la oscuridad no permitía coser adentro del cuarto. Desde el patio, podía mirar también lo que pasaba en la calle.

Esperanza salió hacia la casa de su hija mayor, Conchita. Por la mañana pasó dos veces frente a su casa (camino del mercado) pero no entró, porque tal vez su yerno Juan todavía estaría en casa. Él había prohibido a Conchita que viera a su familia y Pedro había prohibido a todos los de la familia que visitaran a Conchita. De modo que Esperanza debía escoger el momento con todo cuidado.

Las dificultades de Conchita comenzaron ocho años atrás, cuando dejó el hogar para ir a estudiar y llegar a ser maestra. Asistió a la Escuela Normal del Estado y se gastó gran cantidad de dinero en su educación, libros, ropa y transportes. Durante tres años su padre abandonó las siembras y trabajó como peón para obtener un salario para los gastos de ella. Naturalmente que los vecinos lo habían criticado desde el principio. Advirtieron a Pedro que sus miras eran muy altas para un hombre tan pobre. Dijeron que no se podía confiar en una joven cuando estaba fuera de casa, especialmente si era de "sangre-caliente" como Conchita. Pedro no les hizo caso. Tenía fe en su hija predilecta. Conchita había nacido después que murieron los primeros hijos y durante cinco años fue hija única. Tanto Pedro como Esperanza la mimaron, jugaron con ella y se gozaron en tenerla, más que con ninguno de sus hijos posteriores. Pedro gastaba el dinero con gran satisfacción en educarla, con la esperanza de que cuando se hiciera maestra ayudaría a elevar el nivel económico y social de la familia. Luego ella tuvo que regresar a su casa dejando el primer empleo que había conseguido y aun antes de que le pagaran algún dinero. El director de la escuela la había embarazado.

Para Pedro fue un golpe terrible. Dio a Conchita una paliza despiadada y dejó de hablarle durante meses. Pero la dejó permanecer en casa y tener a su hijo. Después que nació Germán, Pedro ignoró su presencia; aún ahora, rara vez habla con su nieto. Conchita regresó a la enseñanza cuando estuvo bien, y enviaba treinta pesos mensuales para ayudar a los gastos. También traía de vez en cuando pequeños regalos, y todos la querían

por esa causa. Pedro también comenzaba a perdonarla. Ella tenía el temperamento de su padre, dijo él, no podía remediarlo.

Un año antes de que Conchita se fuera a estudiar, Pedro conoció a un joven de nombre Juan, huérfano y que por ilegítimo no era reconocido por sus parientes. A los veintidós años Juan permanecía soltero y sin casa propia. A Pedro le simpatizó y lo invitó a vivir con ellos durante ese año. Conchita tenía catorce años en esa época y pronto se hizo la novia secreta de Juan. Al año siguiente Conchita abandonó el pueblo, pero durante los diez años que siguieron ella y Juan se las arreglaban para verse cada vez que ella regresaba a casa. Mientras tanto, él tenía otras novias y comenzó a tener hijos con diversas mujeres. Conchita también tuvo novios en la escuela, pero Juan era su preferido. Cuando su posición elevada como maestra se vio desvanecida por la aparición de Germán, Juan sintió que podía pedirle que se casara con él. Ella aceptó y su padre también aceptó de inmediato. Después de la ceremonia del matrimonio civil, la pareja se fue a vivir con la media-hermana casada de Juan, dejando a Germán con sus abuelos.

Pero las cosas no marcharon bien. Conchita no podía adaptarse a ser la esposa de un campesino y había demasiados pleitos. Cuando Conchita se embarazó sintió que Juan no la cuidaba en forma adecuada. Él se rehusó a que tuvieran una sirvienta cuando nació el niño, y Conchita no pudo descansar los tradicionales cuarenta días. El niño tenía un mes de nacido cuando Conchita pidió a su padre que la llevara a casa, porque Juan la estaba abandonando. Pedro llevó a su hija a casa y por su conocimiento en asuntos legales hizo comparecer a su yerno ante el Juzgado con el cargo de abandono. Todo ello, naturalmente, originó un antagonismo entre los dos hombres. Conchita regresó más tarde con su marido, pero él comenzó a embriagarse con frecuencia y a golpearla. Poco antes de que naciera su segundo hijo la golpeó tan bárbaramente que Pedro tuvo que llevársela de nuevo a casa. Pedro dijo: "Mientras yo viva, tu esposo no abusará de ti." De nuevo hubo una reconciliación y otra vez Conchita se embarazó. Ahora su marido se había hecho tan violento que nuevamente ella regresó con sus padres. En esta ocasión Pedro demandó a Juan para que pagara la manutención de los niños. Juan rehusó. Pedro lo hizo arrestar. Juan acusó a Conchita de abandono de hogar.

Conchita dio a luz una hermosa y sana niña que murió a los pocos días. La partera acusó a Esperanza de haber matado a la niña con su descuido; había asistido a un velorio y luego se sentó en la cocina cerca de la niña sin haberse lavado las manos ni cambiado de ropa. Juan escuchó la acusación y rehusó asistir al funeral de la niña o contribuir a los gastos.

Pedro deseaba que su hija permaneciera en casa por su bien

y ella parecía estar de acuerdo. En realidad no era feliz en la casa de sus padres. Pedro la hacía trabajar todo el tiempo y en ocasiones la golpeó en presencia de los niños. Conchita se puso en contacto con su esposo y él aceptó que regresara a su casa siempre y cuando nunca más volviera a hablarle a su familia. Cuando Pedro regresó de los campos cierto día y encontró que Conchita y los niños se habían ido, renegó de ella y en un raptó de cólera prohibió a la familia, para siempre, que volvieran a verla.

Ésa era la razón por la cual Esperanza hacía ahora visitas secretas a su hija. Y no solamente ella. Macrina y los muchachos también la visitaban, pues todos la extrañaban en casa. Había ayudado al trabajo de la casa, simpatizaba con sus hermanos y había obsequiado a todos. De Conchita, Esperanza recibió su primer vestido de seda, Macrina su primer par de zapatos, Felipe su espejo, Martín una lámpara de mano, Ricardo un peine de bolsillo, Moisés su primer juguete. Y Conchita nunca llegó sin un regalo para su hijo Germán.

Cuando los perros anunciaron la llegada de Esperanza, Conchita salió de su casa oscura de un solo cuarto, rodeada de sus hijos. Su cabello largo estaba sin peinar, la ropa vieja y rota, y cojeaba de un pie por una infección. Conchita nunca salía de su casa. En parte por los celos del esposo y en parte por su propio orgullo, prefería desgranar el maíz y molerlo antes que caminar hacia el molino.

"Vengan, saluden a su abuelita", dijo a sus hijos. Sin cambiar su expresión, los niños caminaron hacia su abuela y le besaron su mano extendida. Luego echaron a correr hacia el fondo del patio para seguir jugando entre las gallinas.

Esperanza se limpió el dorso de la mano con el rebozo y sin sentarse dijo: "Imagínate, hoy no pude vender el guajolote. Sólo me ofrecían dos cincuenta por él."

Conchita entró en la casa y regresó al momento con una lata de sardinas llena de frijoles. Esperanza vació el contenido de los frijoles en su rebozo y le devolvió la medida. Intercambiaron unas cuantas palabras. Esperanza dijo: "Gracias, hijita" y rápidamente se fue.

Eran las cinco de la tarde, no quedaba mucho tiempo para preparar los frijoles para los hombres. Al llegar a casa, Esperanza encontró que Macrina había avivado el fuego y había puesto una olla de agua sobre él. Esperanza limpió y lavó los frijoles, y los echó en el agua hirviente. Macrina volvió a su costura.

A las cinco y media regresaron Moisés y Germán con la mula. Moisés fue enviado de inmediato con un bote de nixtamal ya fresco hacia el molino. Germán regresó a jugar con su montón de piedras al patio. Esperanza puso en la lumbre el agua para el café, movió los frijoles, agregó sal y unas hojitas de epazote para

darles sabor, y preparó la salsa de cebolla, tomate y chile, para las tortillas. Luego se sentó junto a su hija a remendar una camisa vieja. Hablaron de Conchita, de la cena y de la ropa nueva que cada uno recibiría del producto de la cosecha.

Cuando Moisés regresó con la masa una hora después, tocó a Macrina el turno de levantarse y hacer las tortillas. Se quejó de que Moisés se tardó demasiado, y de que no estarían las tortillas a tiempo. Para empeorar las cosas, la masa no estaba bien molida y tenía que remolerla en el metate. Esperanza continuó calmadamente cosiendo. "No te enojés, hijita —dijo—. No hay remedio. Así es."

Aún molía la masa Macrina cuando entró su padre y los tres hermanos a las siete de la noche. Visiblemente cansados fueron a acostarse. Esperanza fue a sentarse cerca de la cama de Pedro en un huacal de ciruelas, para contarle los esfuerzos del día para obtener dinero y comprar la comida. Pedro movió la cabeza en señal de aprobación cuando le dijo que había rehusado vender el guajolote a tan bajo precio, y que obtuvo de Porfirio un adelanto del salario de los muchachos. Esperanza nada dijo de la visita a la casa de Conchita, ni del obsequio de los frijoles. Se quejó que le dolía la cabeza y Pedro le dijo que se acostara temprano para evitar que fuera a enfermarse. Sacó la botella con alcohol y le dio a su esposo su trago nocturno; era para protegerlo de los malos efectos de los vientos que le habían soplado mientras regresaba a casa sudoroso y cansado. Ella también tomó un trago y en seguida se reunió con su hija.

Macrina estaba arrodillada frente al metate trabajando rápidamente porque a los hombres no les gustaba esperar demasiado por la comida. Ya tenía un montoncito de tortillas que conservaba calientes en una servilleta, cerca del fogón. Para cada tortilla redondeaba una bolita de masa entre las manos y luego torteaba con movimiento rápido. Ciertamente se enorgullecía de su habilidad para hacer hermosas tortillas. Desde que tenía solamente once años las hacía mejor que su hermana mayor, y ahora su padre y sus hermanos decían que las hacía mejores que la madre.

Esperanza revisó la calabaza tierna que le trajo Pedro del campo y la preparó para guisarla. Cerca de las ocho estaba ya cocida. También Macrina tenía listo un alto montón de tortillas calientes. Esperanza llamó: "¡Pedro, ven a comer!" Más cariñosamente, dijo a los muchachos: "Vengan padrecitos, ya está listo." Pedro y sus hijos se lavaron, y uno por uno fueron entrando en la cocina, todavía secándose las manos en las faldas de la camisa. Se sentaron a los lados de la pequeña mesa en banquetas bajas. Esperanza colocó un montón de tortillas en el centro y a cada uno le tendió un plato de frijoles. Los hijos esperaron a que su padre tomara una tortilla antes de tomarla ellos, la enrollaron

y en forma experta "cucharearon" los frijoles. Los únicos ruidos en la cocina durante algún tiempo fueron los del masticar, el torrear de Macrina haciendo más tortillas calientes, el crepitar del fuego, y la risa de Moisés y de Germán en el patio.

En el cuarto, los jóvenes habían hablado y bromeado unos con otros, y ahora comían sobriamente, como absortos en sus propios pensamientos.

Pedro atendía solamente a su comida, pero sus ojos pequeños y alertas se habían dado cuenta de todo. Había observado el montón de ropa para remendar, el suelo barrido, la canasta del mandado con sus paquetitos de papel, la canasta de maíz de don Porfirio y mentalmente reconstruía los hechos del día narrados por Esperanza. Vio en un rincón de la cama de Macrina la Biblia aún abierta y por un momento se permitió dirigir una mirada cariñosa a su hija menor. "Es una chica buena y muy seria", pensó. Ella aceptaba de corazón la religión nueva de su padre. Trabajaba duramente y era dócil. Tal vez no fuera tan inteligente y bien educada como su hermana, pero cuando menos se mantendría alejada de las dificultades conduciéndose como debía hacerlo una mujer. "Hijita, qué buenas están estas tortillas", le dijo cariñosamente Pedro.

Macrina sonrió. Los muchachos movieron la cabeza asintiendo. Esperanza agregó otras tortillas calientes al montón. Todos se sentían a gusto porque Pedro estaba de buen humor. No se escucharían feas palabras esa noche. Esperanza pasó un plato con arroz para Pedro y en seguida otro para Felipe, el hijo mayor, quien se molestaba si servía a otro antes que a él. Para Martín, su hijo favorito, sirvió un poquito más de arroz. Se habló poco. Mientras que los hombres tomaban el café llamó a Moisés y a Germán para que entraran, se lavaran las manos y estuvieran quietos. Antes de comer, los dos niños saludaron a Pedro silenciosamente besándole la mano tendida. Comieron frijoles, arroz y calabaza sentados en el suelo, cerca del fuego donde Esperanza estaba sentada.

Los tres hijos mayores abandonaron la cocina tan pronto como terminaron de comer y fueron a acostarse en sus catres, riendo y hablando. Moisés y Germán pronto los siguieron. Martín y Felipe sacaron unas bolsitas de dulces que compraron al regreso del trabajo. Macrina, la última en comer, por haber estado ocupada en hacer tortillas calientes para todos, se apresuró a cenar para reunirse con ellos antes de que se terminara el dulce. Pronto quedaron solos en la cocina Esperanza y Pedro. Escucharon a sus hijos que ahora cantaban canciones de un cancionero que Macrina había pedido prestado a su amiga Elena. Pedro hizo un movimiento de disgusto.

"Déjalos que canten —dijo ella—. Me hacen sentir un poquito alegre." Pero él se levantó y fue al cuarto de los muchachos.

Tan pronto como lo vieron en el marco de la puerta cesaron los cantos. "Siempre se les agua la fiesta a mis pobres hijos cuando él aparece", pensó Esperanza.

"Cállense —dijo Pedro severamente—. La gente pensará que es una casa de locos. Si quieren cantar, canten un himno. Que vean que tomamos seriamente nuestra religión." Pero cuando Pedro salió del cuarto ya no hubo más cantos. Germán salió y se fue a acostar. Macrina ayudó a su madre a recoger los trastos. Felipe dijo que iba a salir a pasear. Desde que cumplió veintitrés años dejó de pedir permiso a sus padres para salir. Tampoco ellos le preguntaban adónde iba, como antes solían hacerlo. Sólo Pedro le dijo que no regresara muy tarde. Felipe no contestó.

Como a las nueve de la noche Macrina subió a su cama y se acostó junto a Germán, que ya estaba dormido. Con la cobija se cubrió la cara y se quedó quieta, boca arriba, con las piernas juntas y estiradas como su madre le había enseñado cuando era una niña. Pedro y Esperanza se sentaron cerca del fuego hablando ocasionalmente en voz baja. "¿Tienes dinero para mañana?", preguntó Pedro. "Quién sabe si alcance", dijo ella. Escucharon el ruido de una tos en el cuarto. "Ricardo tiene tos —dijo Esperanza—. Le frotaré el pecho con alcohol." Tomó la botella y entró en el cuarto de los muchachos. Salió unos minutos después. "Dice que le duelen los pulmones. Tiene el cuerpo caliente. Yo creo que ya le pegaron los aires." Esperanza estaba preocupada; una enfermedad en la familia era cosa muy seria. Ella había dado a luz una docena de hijos y solamente seis le vivían. El primer hijo había muerto "del estómago" a los ocho años; el segundo, de sarampión a los ocho meses; el tercero, de un piquete de alacrán a los dos años. Más tarde murieron otros dos niños de siete y tres años, "del estómago". La última hija, nacida en 1940, había muerto a los diez meses, de "bronquitis".

Pedro se impacientaba con su mujer: "Es sólo cualquier cosa, no hagas de él una vieja. Dale algo de té-limón y amanecerá mejor."

Ella avivó el fuego y puso el agua a hervir; tomó una vela y salió al jardín, buscó por un momento y regresó con algunas hojas de té-limón que puso en el agua. Cuando estuvo listo agregó un poco de alcohol y lo llevó a su hijo. "Eso lo curará", dijo Pedro cuando ella regresó. Pero Esperanza contestó: "Ya tiene escalofríos. Déjalo quedarse mañana en la cama. Apenas tiene dieciocho años y todavía es muy chico." Pedro la miró con disgusto. "¡Cállate! —le dijo—. ¿Qué sabes tú, mujer? Cuando yo tenía diez años trabajaba como un hombre, mantenía a mi hermana y a mi madre. Tiene que aprender lo que significa ser hombre."

A las nueve y media llegó Felipe. Su padre dijo: "Ya estás

aquí." Felipe asintió con la cabeza y se fue a la cama. No era hombre de muchas palabras, pero durante las pasadas dos semanas no había dirigido a su padre ni una sola. "Está enojado otra vez —dijo Esperanza—. Quién sabe por qué." Pedro sabía por qué. Era por la muchacha de la capital con la que había decidido casarse. Había conocido a la chica sólo durante breves momentos cuando ambos fueron a la ciudad a arreglar una venta de ciruelas. Ella era una muchacha azteca, pero había asistido a la escuela en la ciudad y ahora era "toda una señorita". Usaba siempre medias y zapatos y se había cortado las trenzas. Le había sonreído a Felipe, y aunque éste era un pobre muchacho pueblerino se atrevió a pensar que le había gustado a ella. Después de conocerla, Felipe no durmió bien en toda la semana. Finalmente le pidió a su padre que arreglara la boda con la familia de la chica.

Pedro se opuso desde un principio.

"Piénsalo bien —le dijo—. Ella vive en la ciudad y no conocemos sus costumbres. Hasta puede ser una mujer de la calle y nosotros no lo sabríamos."

Realmente a Pedro le había sorprendido la petición. Hoy día, la gente joven arreglaba su matrimonio en secreto antes que los padres fueran notificados para que cumplieran con los requisitos de rigor. Si los padres se oponían, la joven pareja se fugaba y más tarde hacían las paces con las familias. Pero Felipe, que nunca fue muy afortunado con las chicas, "no quitaba el dedo del renglón" con su padre; y Pedro, aunque había aceptado pedir la mano de la chica, posponía el asunto. En ocasiones decía a Felipe con vehemencia: "¿Todavía quieres casarte con esa muchacha de la ciudad de México?" Lograba evadir el problema tirando las cosas a broma y Felipe se ponía furioso. De modo que ahora el muchacho no hablaba a su padre para nada.

A Pedro no le importaba. El peso económico de la boda, los regalos a la novia y a su familia, el mantenimiento de la nuera mientras Felipe viviera con ellos, todo eso era más de lo que podía soportar. En los viejos tiempos un hijo podía vivir en la casa del padre y reembolsaba más de lo que se había gastado, con su trabajo, pero en los días que corren las parejas se iban generalmente al año dejando a los padres todas sus deudas. El peor golpe de todos sería la pérdida de un buen trabajador. De modo que Pedro mantenía una estricta vigilancia sobre sus hijos, mirando que trabajaran duramente y que no perdieran el tiempo con otros jóvenes en la calle. Les desanimaba sobre el disfrute de fiestas o gastos en ropa, diversiones y otras vanidades. También desanimaba los intentos de Macrina de aparecer arreglada y bonita. En realidad, el matrimonio era lo último que deseaba para sus hijos. Esperanza tenía una actitud muy parecida. Si hubiera tenido necesidad de una nuera que le ayudara a cuidar de los

hombres en la casa, hubiera sido diferente. Pero tenía una buena ayudante en Macrina.

A las diez de la noche Esperanza y Pedro se levantaron de las banquetas de la cocina y se fueron a la cama llevando encendida una vela. Pedro ajustó una tabla que servía de puerta durante la noche para que no entraran los animales. Sin quitarse las ropas se acostaron, y pronto quedaron dormidos.